

Mapa novelístico de Agustín Ramos

Ignacio Trejo Fuentes

El escritor mexicano Agustín Ramos (1952), autor de Al cielo por asalto, La vida no vale nada, Ahora que me acuerdo y Como la vida misma, entre otras, ha construido un universo literario propio. Ignacio Trejo Fuentes aborda, en este ensayo, la obra de un autor necesario para la literatura mexicana actual.



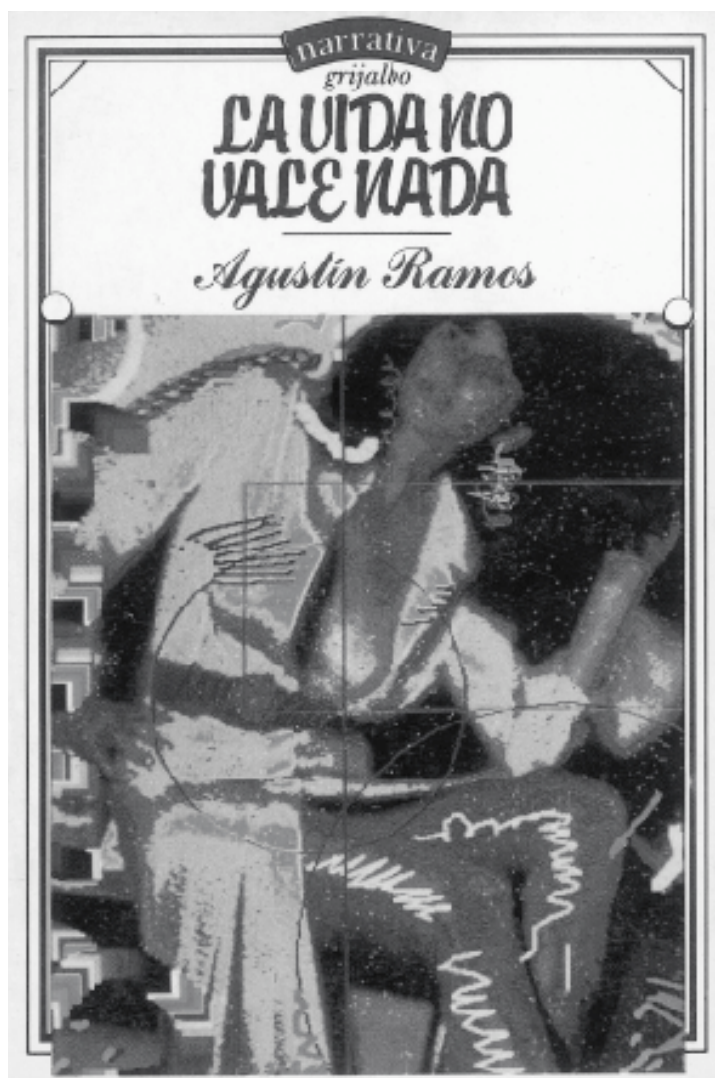
© Héctor Rico

Agustín Ramos (Tulancingo, Hgo., 1952) ha publicado seis novelas, y la crítica lo considera uno de los narradores mejor dotados de cuantos hay en nuestro medio gracias a su excelente prosa y a los asuntos que aborda, que a mi juicio pueden segmentarse en tres principales: la política, la historia y los tiempos modernos. De esta tríada se desprende multitud de consideraciones en varias direcciones, como la de que la vida es un escenario efímero que sirve para representar, aunque con distintas máscaras, los mismos hechos y similares protagonistas. La traición, la muerte, la soledad y la locura apuntalan perfectamente aquellas aristas. Pero es necesario parcelarlas para no ir como los ciegos en ese universo narrativo, amplio y polifónico.

LA POLÍTICA

Mediante una estructura arriesgada debido a sus constantes cambios en el tiempo, aunque no tanto en el

espacio, Agustín Ramos publicó *Al cielo por asalto* en 1979, y llamó la atención porque tanto su temática como su elaboración técnica acusaban la mano de un autor con muchísima más experiencia. Y no era para menos, porque aún estaban frescos y en el aire acontecimientos que sacudieron a México desde sus raíces más profundas, como el Movimiento Estudiantil de 1968, la matanza del Jueves de Corpus y la guerrilla que actuaba sin concesiones en varias partes del país, sobre todo en el sureste. Eran tiempos convulsos, a pesar de que el gobierno se empeñaba en hacer creer que todos los aspectos de la vida nacional nadaban sobre hojuelas de maíz, que estábamos bendecidos por la abundancia y ésta se administraba de la mejor manera. Pero todo era oropel, juego de máscaras para ocultar una realidad hiriente, desastrosa. Sobre todo los más jóvenes no tragaban el anzuelo, se lamían las heridas propias o las de sus padres y no podían entender que la sociedad en general se mostrara inerte y silenciosa. El novelista pone sobre el tapete esa incertidumbre mediante el retrato



de acciones que van en contra de todo aquello, y los protagonistas están metidos hasta el pescuezo en los asuntos que propiciaron tal desconsuelo, como los mencionados Movimiento Estudiantil y la guerrilla.

En el primer aspecto, Ramos pone especial cuidado en no irse con la finta de que el Movimiento, protagonizado fundamentalmente por estudiantes, fue tan solo el cerrojazosangriento de la noche de Tlatelolco: no, hubo un largo proceso que condujo a ese desenlace y no a otro. Así, se rastrean, sin afanes enciclopédicos y sí con notable mesura, los desequilibrios que hicieron explotar un caldeoroen constante y peligrosa ebullición. La marginación absoluta de los desamparados, léase obreros, campesinos, burócratas y estudiantes; la cada vez más lastimada clase media que empezó entonces su declive para desaparecer como tal. El escritor escudriña aquí y allá para hacernos saber que la beligerancia guerrillera y las largas protestas a lo largo y ancho del país no sólo eran explicables sino inevitables. Ramos mira esos fenómenos y su contraparte, la represión, desde dentro de la llaga, pero con una mirada que sin dejar de ser apasionada conserva la serenidad analítica que puede prestar la reflexión filosófica, moral, política. Esa profundidad, insisto, pareció por

lo menos desconcertante, porque era esgrimida por un autor muy joven. Y éste no sólo planteó sus argumentos desde la perspectiva glacial del espectador, sino que se metió a fondo en ellos a través de personajes vivos, en acción, fidelísimos de la realidad que estaban viviendo y debían descifrar. Varios de esos personajes son activistas estudiantiles y, otros, guerrilleros, y uno se pregunta de dónde se nutrió el autor para retratar cosas tan convincentes, aunque dolorosas: ni más ni menos que de la vida misma, porque él mismo se asume como Agustín Ramos protagonista. Es decir, habla con los pelos en la mano, así sea que no figure en la relación de pretendidos héroes, sino apenas como amanuense necesario de lo que vio, oyó y vivió.

Una de las cargas más pesadas que suelen tener los novelistas que tratan asuntos políticos es el inocultable aliento panfletario, creen tener la única y absoluta verdad y por eso convierten sus novelas en permanente lloriqueo, en la puesta en escena de consignas y proclamas, ovidándose en forma ingrata de la misión fundamental de la literatura: ser, antes que cualquier otra cosa, arte. Si éste envuelve propuestas ideológicas, políticas, debe hacerlo por las vías estéticas adecuadas, si no, existen

otros medios, distintos procedimientos. *Al cielo por asalto* va en ese sentido, es ante todo una excelente novela: se alimenta de sucesos concretos pero apela a cada paso al prodigio de la imaginación y de la buena prosa. Cada capítulo está en su lugar, todos los parlamentos y los monólogos cumplen la función de caracterizar a los actantes, y éstos a su vez nos llevan sin titubeos por los caminos de su propia vida.

La extraña disposición arquitectónica de la novela desconcierta en principio a los lectores, pero a medida que las historias narradas progresan sabemos que son líneas paralelas, y que el cambio constante de fechas tan distantes entre sí sigue un plan muy bien trazado para llevarnos al aquí y al ahora, al México del 68 y a los años posteriores inmediatos.

Al cielo por asalto es una desgarradura interior del autor, aunque también lo es de la sociedad, del país. Qué duda cabe que Agustín es heredero incuestionable del mejor José Revueltas: pocos como él se han atrevido a cuestionamientos políticos de tanta envergadura y han salido más que airoso merced al despliegue de las mejores herramientas, que tienen en la prosa firme y precisa, y además elegante, una de sus mayores virtudes.

En 1982 Agustín vuelve a escena con su segunda novela, *La vida no vale nada*. Sus protagonistas no son ya los activísimos estudiantes comprometidos con el cambio social y político inmediato, tampoco aquellos que se van a la selva o a la espesura urbana para actuar desde la guerrilla con similares propósitos. Mas no dejan de ser esos jóvenes lastimados, acaso ahora más que antes por las fracturas que mantienen al país en un letargo lleno de rencor pero también de miedo. Esos jóvenes saben que los sentimientos y acciones de quienes vivieron el 68 o las acciones clandestinas de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez fueron sofocados con rudeza extrema sin que por ello se hayan manifestado cambios sustanciales en la vida nacional. Al contrario, el país se hunde en una incertidumbre política y económica inocultable, el infatigable *bla bla bla* de los gobernantes no es sino la misma vieja máscara, y de un modo u otro los lastimados, los jóvenes, persisten en su idea de cambiar las cosas, aunque no sepan bien a bien cómo hacerlo.

Por esa indefinición, consideran que matar a un senador habrá de ser un golpe muy duro a los enemi-

gos, los políticos, los empresarios, los opresores, y por eso las acciones de la novela tienen esa misión como epicentro. Y en medio de eso asistimos al desfile de las flaquezas interiores de los protagonistas, quienes viven una vida prendida sólo por alfileres. Hay en la obra una soledad del hombre ante los avatares de la vida, las rupturas y las indefiniciones amorosas son una constante, y asechan la traición y los golpes bajos. Y no obstante, los personajes de *La vida no vale nada* (pocas veces un título es tan significativo) arriesgan lo poco o lo mucho que tienen para encontrarle sentido y asideros a ese teatro en penumbras que es su mundo. Dolidos casi contra todo, saben que sus existencias están siempre amenazadas por algo tangible y por sombras de lo más inasible que, sin embargo, se hacen sentir a cada tranco. Algo asecha, y hay que eliminarlo aunque no pueda saberse con certeza de qué se trata.

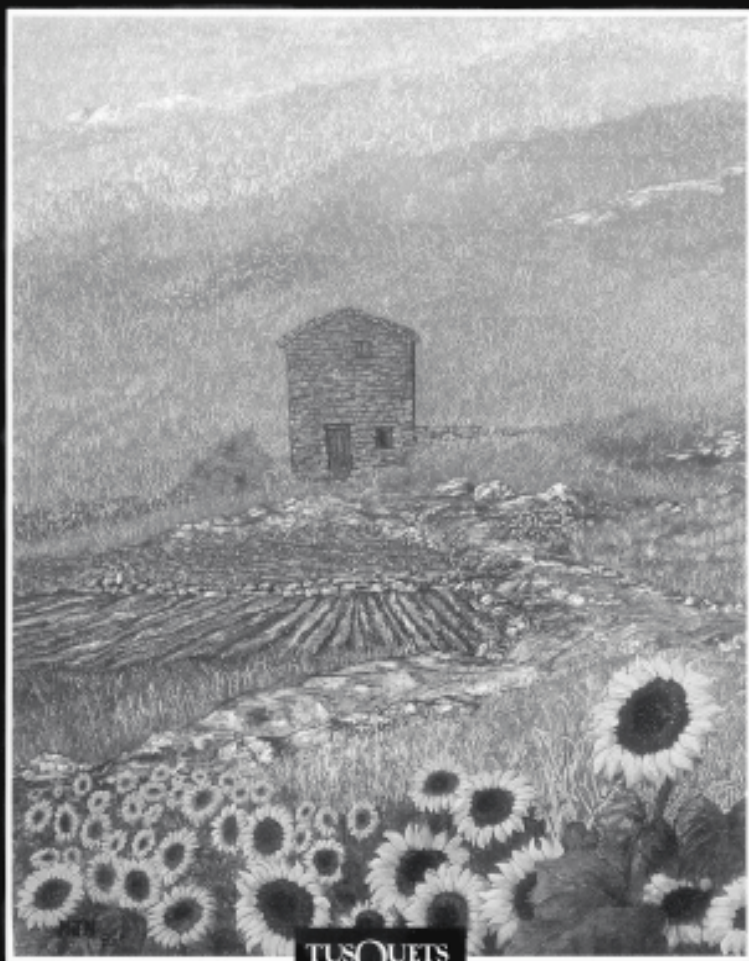
Si *Al cielo por asalto* mostró a un autor con indiscutibles cualidades, su segunda novela confirma esa noción, y sobre todo demuestra una vez más que todo cuanto se esgrima en aras de la salvación, de la libertad, de la redención en cualesquiera de sus facetas, debe estar firmemente cobijado por la mejor literatura. La de Ramos lo es, como podríamos ver en su tercer ejercicio novelístico, *Ahora que me acuerdo*.

Publicada en 1985, *Ahora que me acuerdo* tiene como sustento la matanza de estudiantes y ciudadanos sin vela en el entierro el Jueves de Corpus de 1971. Cuando aún las heridas causadas en 1968 al país, principalmente a los jóvenes, no habían siquiera empezado a cicatrizar, una nueva manifestación de cólera gubernamental se cernió sobre los estudiantes capitalinos, que aparte de enarbolar sus propias ideas y propuestas, apoyaban las de sus iguales en otras partes de la república. Los resultados de una manifestación muy anunciada fueron nefastos: centenares de jóvenes marchistas fueron reprimidos por el grupo paramilitar conocido como *Halcones*, y a pesar de los discursos oficiales que se impusieron a una prensa sometida y apagada, pudo saberse que, en efecto, la vida política y social estaba gangrenada. Acaso a sabiendas que si no actuaban con letal severidad los hilos endebles se les escaparían de las manos, las autoridades volvieron a mostrar los colmillos feroces, envenenados. Y de eso da cuenta Agustín Ramos: otra vez, como en las novelas precedentes, su

Al cielo por asalto es una desgarradura interior del autor, aunque también lo es de la sociedad, del país.

Agustín Ramos COMO LA VIDA MISMA

colección andanzas



alter ego anda por ahí, de modo que no son sólo imaginéras, sino constancia de los hechos vividos desde siempre. Para sacudirse el lastre de lo documental, de lo sociológico o lo sólo periodístico, Agustín caracteriza con firmeza a los personajes, casi todos amigos entre sí, que estuvieron en la marcha de final sangriento y fueron golpeados y otros que padecieron el viacrucis de distinta manera. El novelista consigue un contrapunto eficaz entre el acontecer político y la vida íntima de los protagonistas: de nuevo, éstos viven con la sogá en el pescuezo, padecen los azotes de la soledad, del desamor, y saben que su futuro es, más que incierto, nebuloso. Y le entran al toro por los cuernos, intuyen que no queda de otra, aunque esa vez, el Jueves de Corpus, parecen cerciorarse de que todo es más complicado de lo que parece. El desencato, la frustración y la impotencia se vuelven sombras indelebles que quizá seguirán a su lado mientras no encuentren la manera definitiva de aniquilarlas.

Los personajes que pueblan las novelas de Ramos no pretenden la heroicidad ciega, son criaturas endeblés aunque con la conciencia fortalecida casi siempre por el dolor, encuentran en la decepción alientos de vida, hálitos fortalecedores. Y sobre todo, son siempre capaces de pensar y de hacer pensar. En la novelística del hidalguense hay por eso profundas dosis de reflexión, aunque no se trata de tesis farragosas metidas a capricho, con calzador: son sus acciones las que hablan de ellos, las que acusan sus debilidades y sus apetencias. Sin embargo, pese a sus esfuerzos denodados, terminan trasudando amargura, ni más ni menos porque se estreñan una y otra vez con la pared amarga de la realidad.

Tres primeras novelas, tres puestas en escena de los pasajes políticos y sociales más dramáticos de los últimos tiempos en este país que, paso a paso, se vuelve de opereta. Acaso para tratar de averiguar por qué México es así, por qué los mexicanos somos la sombra endeble que solemos mostrar, el escritor se va al pasado, en busca de explicaciones y, por qué no, de asideros, y por eso sus dos novelas siguientes tienen trasfondo histórico.

LA HISTORIA

El título de la cuarta novela de Agustín Ramos, *Tú eres Pedro* (1996) nos remite a la vida y obra de Pedro Romero de Terreros, de quien las noticias oficiales y breves nos han dicho que fue un español afincado en México a mediados del siglo XVIII, y que se dedicó a explotar las minas de Real del Monte y Pachuca con tal eficacia que se convirtió en uno de los hombres más poderosos de su tiempo. Fundador del Monte de Piedad, coqueteó con la idea de hacer una carretera de plata del puerto de Veracruz a la capital del país con tal de que el rey de España viniera a estas tierras. Si bien su propósito no fructificó, da idea de los alcances de su robustísima economía. Pero como suelen hacer los grandes novelistas que se ocupan de hechos y personajes históricos, Ramos indagó en el tiempo y la vida de ese personaje no para ofrecer a los lectores apuntes biográficos, de estampita, sino para calibrarlo, con sus circunstancias, desde la más profunda humanidad. Así, el cacique todopoderoso es puesto a andar en medio de las tribulaciones propias de un escalador imparable, de esos que con la vista puesta en la mayor fortuna no tienen freno para conseguirla, y hacen de su ambición un coto indestructible. Pedro Romero de Terreros supo arreglárselas para apoderarse poco a poco de los mayores mantos argentíferos del centro de México, y la vida de Pachuca y sus alrededores, incluida la capital del país y aun la corte virreinal, dependían en gran medida de lo que él hiciera y dispusiera. Era increíble su poder, su influencia, y no obstante, enfrentaba cada día los sinsabores de la vida

personal opuesta sin remedio a los avatares de la pública: todo lo que hiciera tenía repercusiones de gran peso. Descuidó a su mujer, a su prole, y se enredó en incontables situaciones para hacer que su destino marchara a su conveniencia.

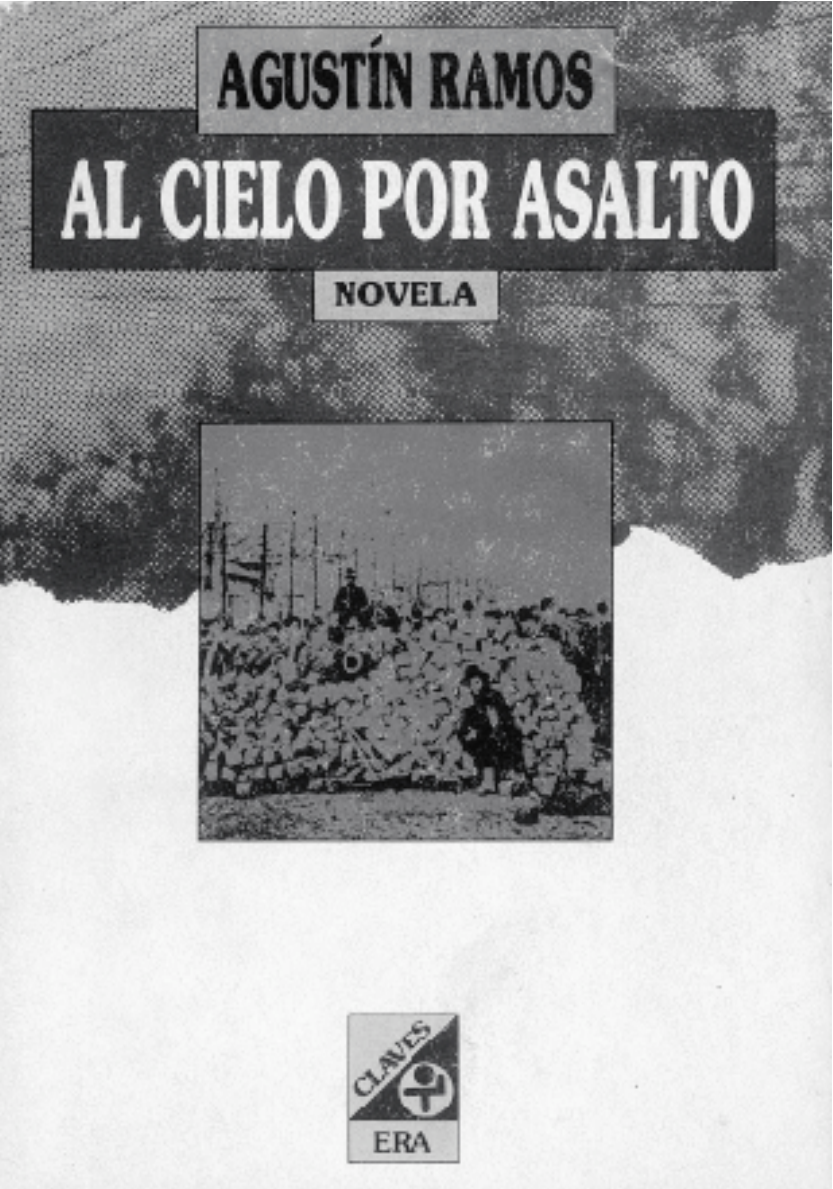
Don Pedro se sentía un prócer vivo y actuaba como tal, no escatimaba recursos para socorrer a quien lo necesitara, impulsaba obras pías y de beneficencia, apoyaba a conventos y seminarios, y por eso, desde fuera, era admirado y respetado. Sin embargo, había que rasgar un poco para darse cuenta de que su fortuna, si bien se cimentó en un trabajo titánico que llegó a minar su salud, se apoyó sin duda en triquiñuelas: llevó a la quiebra a propios y extraños, manejó las piezas del ajedrez político y personal de la mejor manera para que la balanza de la fortuna se inclinara siempre de su lado. Con habilidad pasmosa, maquiavélica, aplastó a quien fue necesario, orquestó verdaderos festines de tropelías. Es decir, podía parecer al mismo tiempo santo y demonio.

Y fue una rebelión de los más directamente afectados, los mineros, lo que puso en evidencia las acciones por demás caciquiles de Romero de Terreros. Hastiados de ser víctimas de la explotación, la miseria y las enfermedades que muchas veces los llevaban a la muerte, los trabajadores determinaron poner un alto, pero hábil como era, Romero de Terreros se valió de las leyes para reprimir a los barreteros, llevándose entre las patas incluso a sus hombres de más confianza. El clero, el Virrey, los dueños del dinero, servían siempre, de una u otra forma, para engrandecer el poder de aquel, en detrimento de las capas más desvalidas de la sociedad.

¿No hay acaso gran similitud entre el México virreinal y el que Agustín Ramos retrata en sus tres primeras novelas? ¿No imperan las componendas y la corrupción? ¿No está el poder en unas cuantas manos y la mayoría debe padecer las prevaricaciones y cargar con todo el peso de la miseria en todos los sentidos? El autor plantea esa idea general a través de excelentes movimientos dramáticos. Primero, reproduce partes de un manuscrito hecho para acusar los excesos de Romero de Terreros, en el cual se exhiben sus orígenes y se da cuenta de su arribismo y su voracidad ilimitada. Se ponen en el papel los subterfugios de que se vale para amasar su fortuna. Por supuesto, cuando el documento llega a sus manos, Pedro reacciona con ira y teje un aparatoso sistema de réplicas, primero, y de venganzas enseguida. Así, los lectores tienen frente a ellos las dos caras de la moneda, y es obvio señalar que la imagen del cacique deja de ser esa que ofrecen, parcialmente, los libros de historia: hombre de carne y hueso a fin de cuentas, el benefactor, el misericordioso es asimismo un hombre despiadado. Y a través suyo, podemos hacernos una idea de las bochornosas desigualdades del México

de esos tiempos. Por lo demás, las recreaciones hechas por el autor respecto a los modos de vida de la época, las costumbres, el habla, la situación social (había esclavitud: Pedro llegó a tener más de cien esclavos) son de una eficacia formidable, pues quien lee se transporta literalmente en el tiempo, cabalga con los protagonistas o se sube a sus carruajes tirados por mulas y caballos, se mete hasta la cocina de los espacios de poder y aun de la miseria, y entiende mucho la propuesta de Ramos: México sigue siendo el mismo de aquellos años, sólo que con matices obligados por la modernidad sobre todo tecnológica, ¿porque qué diferencia hay entre los tiempos en que los mexicanos eran gobernados por virreyes y los actuales, aun tras haber sufrido revoluciones y, en apariencia, tantos cambios? Persisten las desigualdades, las injusticias, la prevaricación y la impunidad: poder y lujos para unos cuantos, hambre y látigo para la mayoría.

En *La visita (un sueño de la razón)* (2000), Agustín Ramos retoma motivos históricos para averiguar las razones por las cuales México y los mexicanos somos



así y no de otra forma. A mediados del siglo XVIII, un personaje de la política española es enviado a Nueva España como visitador. Sus funciones consisten en hacer una radiografía de esos territorios para entregar cuentas al rey de España (por cierto, es sabido que ningún monarca se animó a visitar estas tierras, su enorme traspaso), y la primera impresión que tiene es que es un país sin orden ni concierto: el Virrey gobierna de lejitos, y el desequilibrio social es más que evidente, por eso los nativos de varias partes de aquél resisten furiosos y aguerridos la imposición del modo de vida europeo que se pretende. En la lejanísima Sonora, los indios no aceptan la instauración de presidios y cuarteles, y tratan de llevar su vida original y auténtica lejos de los españoles y los mestizos, pero la presunción de la existencia de ricos yacimientos de oro incentiva la invasión de éstos y determinan aniquilar, como sea, los brotes constantes de rebelión. El visitador, que se sabe protegido por el rey, y tiene incluso más poderes fácticos que el propio virrey, pretende hacer del norte del país una república aparte, idea descabellada por imposible pero que alienta su propósito de crear un ejército poderoso que se encargue de aniquilar a los indígenas. En su imaginación funda pueblos y ciudades a imagen y semejanza de los muchos que conoce en Europa, dicta reglamentos y determina modos de vida, pero no son sino espejismos desatados por su ambición todopoderosa: en algún rincón subyace la pretensión de hacerse más poderoso que el propio monarca español. Por supuesto, fracasa, pero entre tanto atestiguamos el pundonor con que los indios, comandados por Tiembalatierra, resisten los embates de los colonizadores y mantienen sus ideas y costumbres pese a que, a esas alturas, los misioneros han sacudido sus arraigadas ideas de lo divino. Por eso, gran parte de la novela tiene como sostén estrategias bélicas de una y otra parte, en medio de las cuales se mueven espíritus sacudidos por la incertidumbre.

Pero debe ponerse especial atención que en los días que contiene *La visita* la situación del mando virreinal es casi insostenible; carentes de recursos y de inteligencia, los gobernantes dejan, como han hecho en los últimos tiempos, que las cosas rueden con su propia inercia, y por eso se cometen tantos abusos, y se genera un descontento mayor que habría de derivar en la inde-

pendencia de México, aunque eso, claro está, no se registra en la obra de Ramos, pero sí puede decirse que se respira tal inquietud por parte de los dependientes del yugo ibérico. Novela que parece de aventuras, es en realidad la radiografía de un país estremecido por la injusticia y la miseria, del cual habrá de surgir necesariamente el espíritu libertario.

De nuevo, el escritor supo cómo organizar tanta información histórica de que dispuso, y por eso su libro es un microcosmos que recoge lo mismo lastimeros episodios que heroicos retos de resistencia. Los personajes aparecen revestidos de una humanidad desbordante, y otra vez el lector se siente morir de sed en el desierto, y puede hasta contagiarse de la locura del visitador, o de las apetencias carnales que se desbordan casi de cada pasaje: es impresionante el episodio en que el líder indio hace el amor con una anciana medio bruja que huele mal y de la que puede esperarse todo, incluso su muerte inminente, menos su negativa a servir de fuga sexual al guerrero. Y claro, es una novela construida con un sistema de planos bella y eficazmente dispuestos, en la que el lenguaje es joya auténtica.

Y al parecer no es inútil el buceo del novelista en los tiempos mexicanos pretéritos, pues en ellos encuentra los manantiales de nuestra actualidad como nación y como mexicanos, sumidos en una serie de farsas que urge desbaratar, según parece ser la idea central de Agustín Ramos.

LOS TIEMPOS MODERNOS

En su hasta ahora sexta novela, *Como la vida misma* (2005), Ramos emerge de su zambullida por la historia mexicana, específicamente en el siglo XVIII, para reencontrarse con los tiempos modernos. Al principio, parece haber un cambio absoluto de ropajes, porque ya no se habla de empeños virreynales ni de situaciones límite en política y sociedad como el 68, el Jueves de Corpus y la guerrilla, sino de la actualidad más evidente. El escenario es Pachuca, ciudad minera por antonomasia, que tiene resabios de la arquitectura colonial y cuyo subsuelo profundo está surcado por túneles innumerables y laberínticos que dan a sus habitantes el mote de *tuzos*.

El novelista juega con las palabras, las hace vivir para lograr que ellas nos mantengan vivos aun en medio de la zozobra.

Seguimos las remembranzas de Caramelo, una esplendorosa prostituta que vivió sus mejores momentos cuando en Pachuca existía la zona de prostitución más impresionante del país, y que fue finalmente desaparecida por las buenas conciencias. La mujer fue testigo y víctima de ese despojo, y entonces se gestó su debacle, que hace que la conozcamos ya como una indigente que va por el centro de la ciudad cargando sus hilachos pero también la memoria viva del acontecer social, político y ordinario de la ciudad y, por qué no, del país.

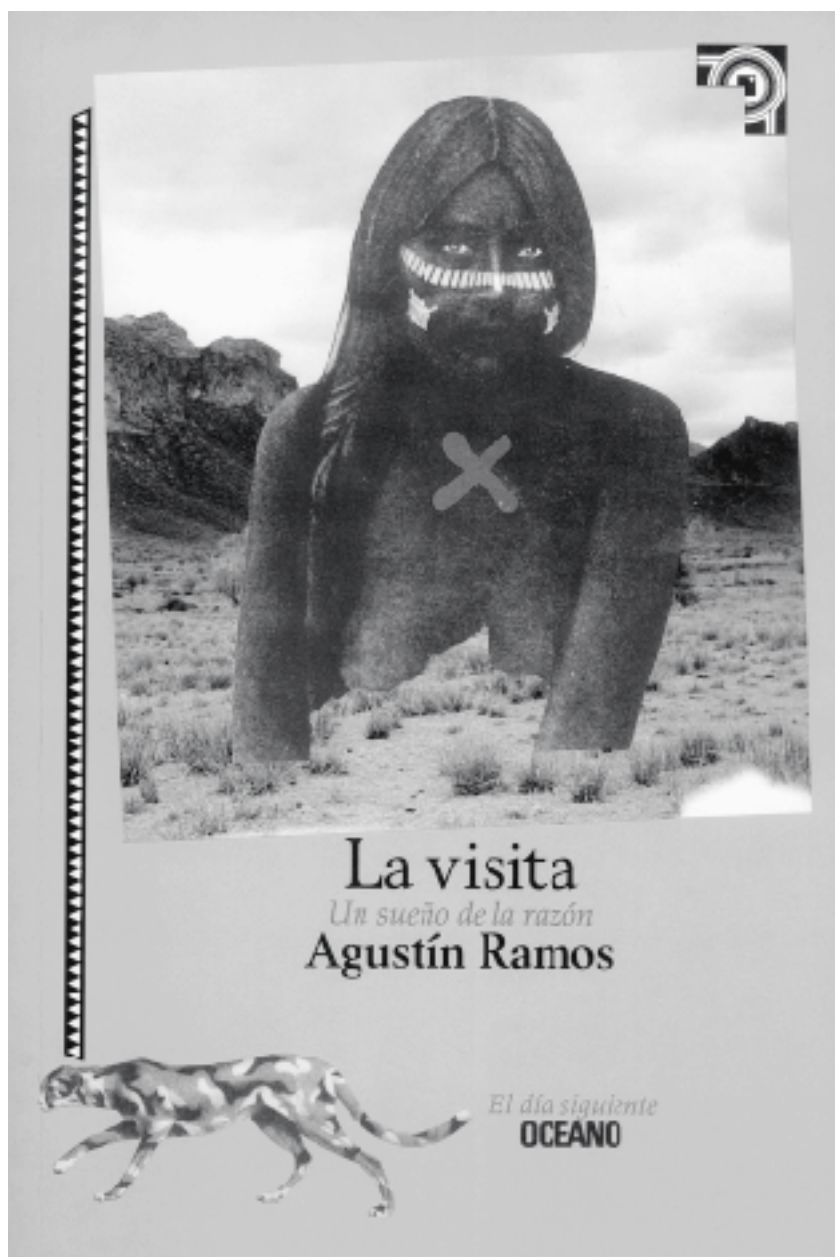
Junto a Caramelo se desenvuelven tipos con pretensiones políticas de alto nivel, y gente de lo más ordinaria, que sin embargo está inmersa en las redes omnipotentes de grupos de poder económico tan real como inquietante: la presencia de narcotraficantes que se agazapan detrás de empresas sólidas y en apariencia inocentes para hacer de las suyas mediante un auténtico lavado de dinero.

Gran parte de las acciones tienen que ver con la política local, encabezada por el gobernador y quienes aspiran a sucederlo. No hay gran novedad en la actuación de éstos, se trata de tipos pusilánimes dedicados exclusivamente a enriquecerse sin que la ciudadanía o el Estado les importen un comino. Como nos tienen acostumbrados los políticos, el inicio se basa en las promesas incumplidas y en el engaño y en la satrapía. Que el mundo ruede y se desbarate, mientras yo pueda estar al mando del poder, parecen decir. Y sí, en las páginas de *Como la vida misma* desfila un teatro impresionante de esos arribistas, obsesionados por ser los dueños de todo cuanto les rodea. Y reaparecen las desigualdades sociales, las injusticias, la impunidad. Nada parece tener remedio por las vías ordinarias, y es urgente pensar en cambios radicales. Ésa parece ser la visión del novelista. El tiempo pasa y México sigue siendo un país de opereta, conducido por bufones que no se tientan ni los bolsillos ni el corazón para que todo marche de acuerdo a sus designios, que lo demás se vaya al carajo. La novela es una sucesión inaudita e incontenible de trampas, patadas debajo de la mesa y traiciones. Cada cual tira por su lado para llevar agua a su molino. Y todo es confusión, y amargura y desesperanza.

Pero si en sus tres primeras novelas Ramos supo con exactitud cómo plantear situaciones similares sin caer en el grito desesperado, y manejó los vericuetos de la vida social y económica y política de México de manera que quien lee pueda tener la certeza de que las cosas son así sin caer en el panfleto, en *Como la vida misma* lo hace con mucho mayor naturalidad, apoyado por conceptos literarios de primera categoría. Esta novela es *la más literaria* de su autor, porque su fuerza radica en la profunda caracterización de los personajes y en la fidelidad de las cosas en que se mueven. Si en sus pri-



meras obras Agustín Ramos se sirvió del lenguaje para dar consistencia a mundos impresionantes, en este nuevo ejercicio aquel, el lenguaje, alcanza su mejor expresión, con la ventaja evidente de la experiencia ganada luego de tanto trabajo. *Como la vida misma* tiene la apariencia de un carnaval, porque cada uno de los personajes se quita y se pone máscaras acordes a su conveniencia, y en conjunto o individualmente hacen todo lo posible para hacer caer al vecino con tal de ser ellos quienes se hagan del poder en todas sus variantes. Las ambiciones de unos y otros no tienen límite, y en esa mascarada siniestra no tienen cabida ni la amistad ni el amor, menos la moral: todo es dentelladas, tiros ciertos a la nuca del enemigo, porque todo mundo es un enemigo. El juego de intrigas y corruptelas es inacabable, aunque ahora todo parece entenebrecearse debido a



la presencia omnímoda de los narcotraficantes. Los seres comunes y corrientes son azotados por la inmisericordia, sólo los más voraces pueden avanzar en la larga carrera hacia la fortuna, a la que sólo acceden unos cuantos.

A estas alturas es pertinente preguntarnos: ¿hacia dónde irá la literatura ulterior de Agustín Ramos? Porque ya hizo una trilogía política y un par de novelas históricas y una ubicada de nuevo en los tiempos que corren, es posible conjeturar que seguirá atisbando en el tenor de la última. Por ejemplo, no ha hecho la obra que retrate Tulancingo, su lugar de origen, importante cruce de caminos, corazón agrícola de la región y, sobre todo, cuna de celebridades de distinto calibre, como políticos y estrellas del espectáculo y del arte. Podría, en consecuencia, servir como escenario más que a modo para que el novelista continúe revisando el entramado singular que es su tierra y que es el país entero.

Aunque existe una diferencia ostensible entre los tiempos y los escenarios en la novelística de Agustín, es indudable que se impone en ella la política como forma de sometimiento, como el arte de la subyugación y el escarnio. Si, como se ha dicho, donde empieza la política termina la honestidad, el universo plasmado y analizado por Ramos es un pantano tenebroso y que da asco. Qué le vamos a hacer; no obstante, el escritor, mantiene esperanzas de que algún día y mediante recursos radicales, las cosas cambien para bien: ¿o acaso es gratuito que su novela *La visita* esté dedicada al Ejército Zapatista de Liberación Nacional?

Por último, debe reconocerse la extraordinaria fuerza narrativa del autor, manifestada desde *Al cielo por asalto* y sostenida con ganancias totales en sus trabajos subsiguientes. Es, sin duda, una prosa mayor, que sabe arreglárselas con todo tipo de situaciones y que a pesar de que éstas se sustenten en lo más descarnado y doloroso mantengan el siempre encomiable halo de lo lúdico. El novelista juega con las palabras, las hace vivir para lograr que ellas nos mantengan vivos aun en medio de la zozobra. Y qué decir de la audacia de sus estructuras, del poder de sus diálogos, del encanto de su adjetivación. Agustín Ramos es, sin objeciones, uno de los narradores más sobresalientes de nuestro ámbito, plagado de brillantes escritores. Por lo tanto, es casi nuestra obligación leer su obra y estar muy al pendiente de su trabajo por venir. **[U]**

Los personajes que pueblan las novelas de Ramos no pretenden la heroicidad ciega, son criaturas endebles aunque con la conciencia fortalecida casi siempre por el dolor.